



COR AD COR LOQUITUR



✠Viva Jesús!

Newman house, 6 de agosto de 2025,
Solemnidad de la Transfiguración del Señor

El 9 de octubre de 1845 tuvo lugar, mediante la profesión de fe y la celebración del bautismo bajo condición, la incorporación de John Henry Newman a la Iglesia católica. Dos años después llegaría a ser sacerdote, luego fundador del Oratorio de san Felipe Neri en Inglaterra y, algo más tarde, Cardenal. Hoy lo veneramos como santo y, desde el 31 de julio pasado, sabemos que pasa oficialmente a ocupar un sitio entre los Doctores de la Iglesia. Esos santos –37 antes de la inclusión de John Henry Newman en esta lista– cuyas enseñanzas son propuestas por la Iglesia como camino seguro para comprender y vivir el mensaje de Jesús y así alcanzar la santidad.

Santa Edith Stein –que en su momento tradujo al alemán la obra del Cardenal Newman–, escribió: «lo que no estaba en mi plan, estaba en el de Dios. Y cuanto más frecuentemente me sucede algo parecido, más viva se hace en mí la convicción de que –visto desde Dios– no hay casualidad, que toda mi vida está diseñada en todos sus detalles en el plan de la divina Providencia, y que ante los ojos de Dios, que lo ven todo es una totalidad llena de sentido». Ha sido precisamente la Providencia la que ha decidido que fuera un Papa de nombre León quien, en 1879, nombrara Cardenal de la Iglesia católica a este insigne hijo de Inglaterra, e hijo también de la Iglesia; y es, precisamente el Papa León XIV quien incluye su nombre en la lista de los Doctores de la Iglesia. El primer Papa, por cierto, cuya lengua materna es el inglés, al igual que de nuestro santo.

John Henry Newman ha sido, sin lugar a dudas, uno de los maestros más influyentes en la teología del siglo XX, así como también en el Magisterio de los últimos Papas. No por nada, la escritora Ida Friederike Görres, famosa por libros como “El caso de Teresa de Liseaux”, se refirió a Newman como “un Padre de la Iglesia que vivió veinte siglos después”. Aunque la canonización de Newman tuvo lugar recientemente –el 13 de octubre de 2019–, su figura y su mensaje han sido estudiados con mucha profundidad, influyendo lo mismo en una larga lista de conversos –pienso, por proponer solo algunos ejemplos en personajes como Chesterton, Tolkien, Evelyn Waugh, Robert Hugh Benson, Hilaire Belloc, entre otros muchos– como también en importantes teólogos católicos, incluido alguno que otro que con el tiempo llegaría a ocupar la cátedra de san Pedro. El caso, quizá más célebre es el de Benedicto XVI, en cuya formación académica la obra de Newman ocupó un lugar muy destacado.

Frecuentemente se habla de Newman como el padre ausente del Concilio Vaticano II, y esto debido a la profunda influencia de sus ideas en dicho acontecimiento. El Catecismo de la Iglesia Católica, que no cita a ningún otro autor posterior a san Alfonso María de Liguori, incluye cuatro referencias a la obra del Cardenal inglés. ¿Por qué Newman? Para responder a esta pregunta nos vienen a la mente de modo inmediato algunas palabras de los últimos Papas referidas al nuevo Doctor de la Iglesia: San Pío X lo consideraba “el orgullo de la Iglesia universal”. Pío XII estaba convencido de que algún día sería contado entre los santos doctores: “no lo dude usted –dijo el Papa en un diálogo con el filósofo Jean Guitton– Newman será un día Doctor de la Iglesia”. El Papa Pablo VI, que alimentaba la ilusión de canonizar a Newman durante el año de la fe de 1967, hablaba de él como alguien a quien la fidelidad a la conciencia había impulsado a un testimonio análogo al martirio, “por amor a la Verdad renunció a lo que es tan valioso como la vida misma”. Para san Juan Pablo II en Newman podemos encontrar un “guía seguro y elocuente en medio de nuestra perplejidad”. “Durante mucho tiempo –confiesa el Papa Benedicto

XVI– Newman ha ejercido una importante influencia en mi vida y pensamiento... Es uno de los ingleses más grandes de los tiempos recientes, insigne teólogo y hombre de Iglesia, que merece ser considerado por todos...”.

En la homilía de la Beatificación, en el Cofton Park de Rednal, el 19 de septiembre de 2010, dijo el Papa Ratzinger: “Quiero volver a proponer la luminosa figura del Cardenal Newman, cuyo testimonio y escritos poseen una actualidad extraordinaria”. A la actualidad de su pensamiento se había referido el Papa en diversas ocasiones. Digamos que Newman ha vivido en carne propia todo el drama de la modernidad, en su larga trayectoria tuvo que enfrentarse al agnosticismo y también a lo que hoy llamamos “relativismo”, verdadera dictadura de nuestra época.

En palabras del Papa Benedicto se trata de «un hombre que durante toda su vida estuvo en camino; en camino para dejarse transformar por la verdad, en una búsqueda de gran sinceridad y de gran disponibilidad a conocer mejor y a encontrar, a aceptar la vía para la verdadera vida. Esta modernidad interior de su ser y de su vida implica la modernidad de su fe: no es una fe en fórmulas de un tiempo pasado; es una fe en forma personalísima, vivida, sufrida, encontrada en un largo camino de renovación y de conversiones. Es un hombre de gran cultura que, por un lado, participa en nuestra cultura escéptica de hoy, en el interrogante: “¿Podemos comprender algo cierto sobre la verdad del hombre, del ser? ¿o no? Y ¿cómo podemos llegar a la convergencia de las verosimilitudes?”. Un hombre que, por otro lado, con una gran cultura en el conocimiento de los Padres de la Iglesia, estudió y renovó la génesis interna de la fe, reconocida así su figura y su constitución interior; es un hombre de una gran espiritualidad, de un gran humanismo, un hombre de oración, de una relación profunda con Dios y de una relación propia y por ello también de una relación profunda con los demás hombres de su tiempo y del nuestro. Diría, por lo tanto, estos tres elementos: modernidad de su existencia, con todas las dudas y los problemas de nuestra existencia de hoy; gran cultura, conocimiento de los grandes tesoros de la cultura de la humanidad, disponibilidad de búsqueda permanente, de renovación permanente; y espiritualidad: vida espiritual, vida con Dios, dan a este hombre una grandeza excepcional para nuestro tiempo. Por ello es una figura de Doctor de la Iglesia para nosotros, para todos, y también un puente entre anglicanos y católicos» (Benedicto XVI, entrevista durante el vuelo al Reino Unido, 16-IX-2010).

La frase «De las sombras y las tinieblas a la luz» –*Ex umbris et imaginibus in veritatem*–, que Newman escogió como epitafio para su tumba, nos ofrece una descripción de su itinerario. La vida de Newman es un ejemplo de búsqueda, marcada por una profunda honradez y sinceridad, como se pone de manifiesto en cada página de la *Apología pro vita sua*, obra autobiográfica en que, de manera meticulosa, él mismo nos muestra la evolución de sus convicciones en materia religiosa. Newman comprendió que la autenticidad supone la docilidad a la luz amable de la Verdad, la fidelidad a la conciencia, y que la conciencia es un maestro exigente “que hace válidos ante la criatura los derechos del Creador”, y por eso es el primer Vicario de Cristo. Newman, el gran Doctor de la conciencia, nos recuerda que si ésta tiene derechos es porque antes tiene deberes. Que el deber de respetar la conciencia del otro supone una obligación previa: la que obliga a cada uno a buscar la verdad y a hacer de ella la medida de la propia vida. Así que no hay oposición entre la obediencia a la autoridad –incluida la del Papa–, cuando ésta se mantiene dentro del ámbito de su competencia, y la fidelidad a la propia conciencia: «Si tuviera que reducir la religión a un brindis de sobremesa, cosa que no me parece del todo apropiado, brindaría ciertamente por el Papa, pero antes por la conciencia, a cuyo servicio está el oficio del Papa», escribió Newman.

Contemporáneo de Darwin, Newman tuvo que plantearse el asunto del desarrollo de las realidades vivas, que solo creciendo siguen siendo ellas mismas. Siendo como era un gran conocedor del desarrollo de la comprensión de la doctrina sabía que las herejías se extienden más rápido entre clérigos y teólogos que entre los cristianos ordinarios, de ahí su convencida defensa del papel del laicado, cuya dignidad exige una sólida formación, para que “los mismos lugares y las mismas personas sean, al mismo tiempo, oráculos de sabiduría y santuarios de devoción”. “Desde el principio hasta el final –decía Newman– la educación ha sido lo mío”. Precisamente sobre el tema de la educación universitaria nos ha dejado un texto que, entre tanto, ha devenido un clásico: “La idea de una universidad”. En un ambiente cada vez más positivista, él defendió un concepto amplio de racionalidad, y advirtió sobre la posibilidad de que el lugar del que se quería desterrar a la fe no fuera

ocupado por la razón, sino por la ideología. El acto de fe, nos dice Newman, no solo no contradice a la razón, sino que creer es lo más conforme con la razón humana, sobre todo cuando hay amor: "Creemos porque amamos".

Es muy larga la lista de libros del nuevo Doctor de la Iglesia, y los hay para todos los gustos. Su estilo tan equilibrado hace que personas de muy diversas tendencias se sientan identificadas. En cada página Newman se nos presenta como un amigo que nos acompaña en medio de las luchas y dificultades de la vida, y nos tiende la mano, especialmente en los momentos difíciles. Diría que es imposible leerlo sin experimentar al mismo tiempo su cercanía y, por qué no decirlo, su intercesión. "El corazón le habla al corazón" –*cor ad cor loquitur*–, es el lema cardenalicio que eligió san John Henry. La frase es de san Francisco de Sales, y retrata de cuerpo entero el método de nuestro santo: el de la amistad y la influencia personal. Un cristiano nunca está solo, nos dice hoy a nosotros, el cristianismo crea vida, crea comunidad de camino, y también que el cristianismo solo se propaga por irradiación, por contagio, no por proselitismo.

Mucho se puede decir, y sobre todo mucho se puede aprender del nuevo Doctor de la Iglesia, el santo Cardenal John Henry Newman. Y habrá que buscar las ocasiones para hacerlo. Por ahora, como conclusión, conviene detenernos en una cuestión ulterior: ¿cuál es el corazón de la enseñanza de san John Henry Newman? Lo más importante y que más resalta en el legado de Newman no es solo la genialidad de sus intuiciones, ni solo la profundidad y amplitud de su obra; sino, sobre todo, su amor apasionado por Jesucristo. Cuando apenas era un adolescente se había dejado seducir por la fascinación humano divina del rostro de Cristo, y, desde entonces, el amor a Cristo se convirtió en la fuerza dominante de su corazón, mediante un seguimiento radical, sin regateos y hasta las últimas consecuencias; aunque esto supusiera que, en un momento de su vida, perdiera todo cuanto amaba en este mundo. Newman, como san Pablo, todo lo consideró poca cosa, con tal de ganar a Cristo; por eso, igual que el Apóstol, no tenía otro tema que Jesucristo: "Vivo yo, pero ya no yo, es Cristo quien vive en mí". Ese contacto continuo con el mundo invisible, con Cristo resucitado, presente y operante en la Iglesia, fue el motivo central que ocupó la mente y el corazón de san John Henry Newman, como se pone de relieve si leemos con atención sus Cartas y diarios, sus novelas y demás escritos autobiográficos, y sobre todo los iluminados Sermones en los que encontramos lo mejor de sus enseñanzas espirituales. En una frase: lo que hace grande a Newman es haber descubierto el tesoro escondido, Cristo, que se fue convirtiendo cada vez más para él en el centro natural de sus pensamientos, en el polo magnético de sus afectos y en la razón de ser de cada una de sus decisiones.

Hace ya muchos años, cuando nuestro grupo daba sus primeros pasos, y en el contexto de decisiones que marcarían para siempre nuestra vida, encontramos en el Cardenal Newman ciertamente un maestro y modelo inspirador; pero sobre todo, un amigo que ofreció luz a nuestra perplejidad. Su Beatificación, en 2010, y su Canonización, en 2019, confirmaron que no estábamos tan desencaminados al haberlo tomado como patrono. Hoy, en el contexto de su inminente declaración como Doctor de la Iglesia, queremos elevar al Señor nuestro corazón lleno de júbilo, repitiendo con el salmista: "El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres" (Sal. 126, 3 y 5). Sabemos que el privilegio de ser hijos espirituales de san John Henry constituye al mismo tiempo una hermosa y gran responsabilidad, por lo que a todos les pedimos un recuerdo en la oración, para que el Señor que ha inspirado esta obra sea quien la lleve a término, y que la Bienaventurada Virgen María, a la que Newman amó e invocó tiernamente a lo largo de su vida, nos alcance la gracia de una fina y perseverante fidelidad.

Ya habrá ocasión de ir profundizando en diversos aspectos de la enseñanza del Cardenal Newman, así como de hacerles participar de nuestro gozo y acción de gracias. Por el momento, sirvan estas letras como testimonio agradecido del gran bien que la vida y obra del Santo Cardenal Newman, muy pronto Doctor de la Iglesia, representa para nuestra vida y apostolado.

Muy unidos en Jesús y María,
Los hermanos de la sociedad de san John Henry Newman

